

Sólo hace tres años que las obras de Juan Gil-Albert, valenciano de Alcoy, ocupan habitualmente escaparates de librerías y son objeto de premios, el último el Pablo de Olavide. Muchas de ellas son obras creadas en el más oscuro exilio interior, en una época de censuras y temores. Al contrario que los hombres de su generación, con los que había huido en el 36, Gil-Albert regresa en el periodo de la consolidación franquista, pensando que, aunque la libertad de creación cultural no era entonces

moneda de circulación, podría hacer respetar la libertad de escribir para sí. Participe del primer tercio del siglo español, testigo del franquismo y valor cultural para la España democrática, el autor de "Crónica General" ha aceptado contestar unas preguntas que persiguen conocer el testimonio histórico de un testigo de excepción de la evolución española, cuya expresión más habitual en sus libros es la "meditación autobiográfica". Su "Drama patrio" (Tusquets) es una lección de confesión política.

Juan Gil-Albert

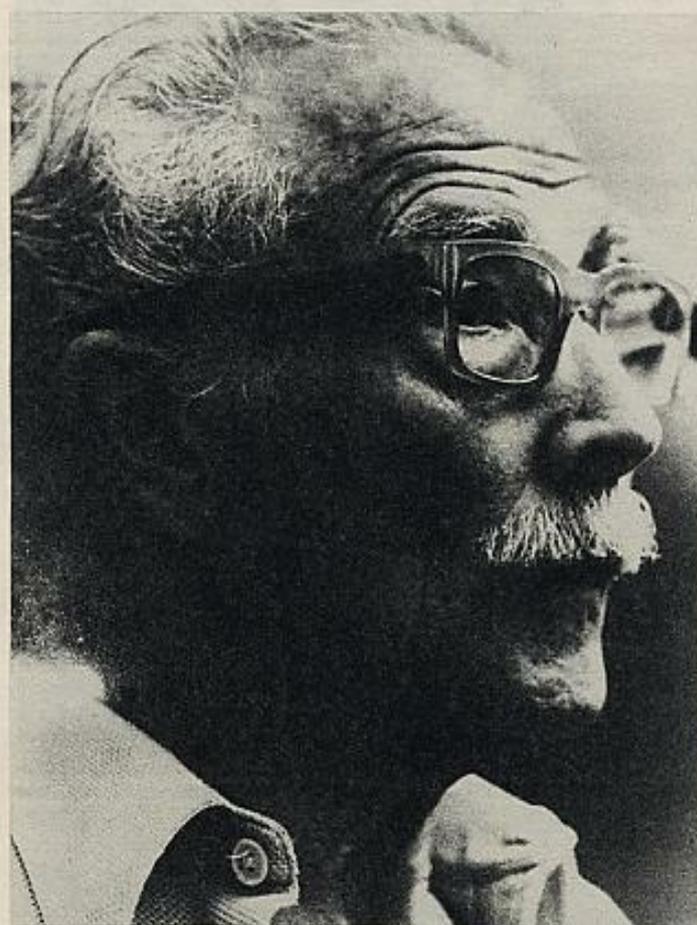
MEDITACION AUTOBIOGRAFICA

JAIME MILLAS

USTED ha sido testigo de cuatro etapas de la Historia española: la Monarquía de Alfonso XIII, la Segunda República, el franquismo y la Monarquía de Juan Carlos. ¿Cuál de ellas escoge?

—Prefiero excluir de mi elección a la Monarquía que está hoy aún sin acuñar, y de la que el único soporte vivo es el Rey. En cuanto a las otras etapas del siglo vividas por mí, habría que incluir a los años de la dictadura primorriverista. Con esa exclusión y el añadido, mi preferencia está, sin ninguna duda, con la República. No aseguraría que hubiera ocurrido lo mismo de no haber existido previamente la Dictadura, tal vez debido a que considero secundaria la institución que preside un régimen nacional en las dos únicas formas hasta ahora vigentes, República o Monarquía. Me parece claro que lo que cuenta como definitorio de una manera estatal de vida es su contenido social en su sentido más amplio, o sea, cómo viven en todos sus aspectos los inquilinos de una nación determinada. En ese sentido, no cabe duda alguna que considerando dos regímenes contemporáneos mi simpatía hubiera estado con la Monarquía sueca, no con la República de Salazar.

—Ahora bien, sin la incisión en nuestro régimen monárquico de funcionamiento parlamentario de la Dictadura, todo hubiera sido, posiblemente, distinto. Las dictaduras, al contrario de lo que cree una mayoría de gente, no vienen a remediar los males, sino a exacerbarlos, incluso en el caso de las mejores intenciones por parte de los debutantes. Y así es como a la caída de Primo de Rivera los españoles, en unas votaciones municipales, decidieron casi sin proponérselo la marcha del Rey. No quiero decir con esto que yo haya sido republicano "per accidens", pero algo hay de



"Aunque se me ha clasificado en la generación del 36, por edad, estilo de inspiración y amistad con sus componentes, pertenezco de hecho a la del 27".

ello. Lo que ocurre es que en nuestro siglo, si una dinastía cesa en el trono, no existe otra forma de reposición de poder que la república de cuño latino, y que no tiene nada que ver con la anarquía en el sentido más pedestre, a pesar de que nuestras clases conservadoras se han desgañado por convencernos.

—El momento de la República tenía su similitud con respecto al nuestro actual, era la nación dispuesta a dar un paso adelante, el que le correspondía y que siem-

pre se le combatió desde el pasado siglo por quienes se han creído los legítimos usufructuarios del poder. Y eso ocurrió una vez más con la República, que con sus desaciertos si se quiere, pero también con sus virtudes, y sobre todo con sus aspiraciones, se nos fue arrancada a la fuerza. Aquel empuje natural, a la vez que legítimo, puesto que había pasado por las urnas, y que yo viví como un español más en su día, se nos arrebató. ¡Y por qué medios! Y en esa pretensión de lo

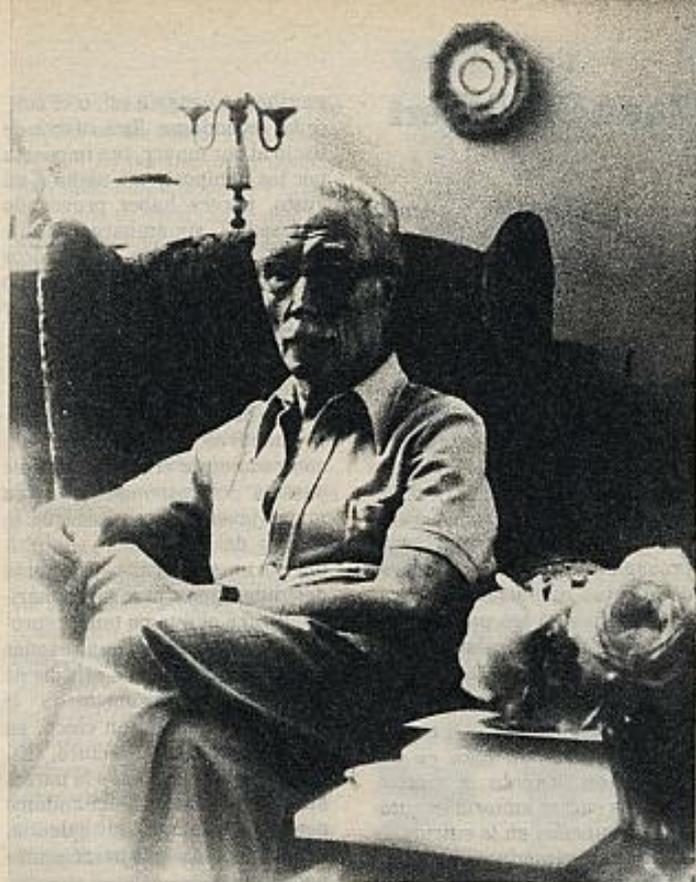
que aquello fue permanezco, solamente que traído al presente.

—¿Qué le une a las generaciones de poetas del veintisiete y del treinta y seis?

—Mi situación con respecto a esas dos generaciones poéticas es muy particular. Por fecha de nacimiento, estilo de inspiración, amistad con sus componentes y la aventura corrida con ellos de la guerra civil, yo pertenezco, sin discusión alguna, a la generación del veintisiete. Sin embargo, cuando aparece mi nombre por vez primera integrando una antología, me encuentro en la lista de la llamada del treinta y seis, debido a que mis dos primeros títulos de poesía, los sonetos de "Misteriosa presencia" y los poemas de "Candente horror", salen a la luz en ese año y ambos preceden muy de cerca al estallido del dieciocho de julio.

Lo he repetido a menudo, soy un prosista nato y un poeta tardío. No es este el momento de desarrollar el tema. Es curioso que mi nombre aparezca fuera del de mis amigos y junto a los de otros a los que he tenido que conocer a mi regreso del destierro. Excluyo a dos de ellos, Miguel Hernández y Arturo Serrano Plaja, compañeros poéticos y de gesta guerrera, uno víctima lamentable y triunfal, el otro, lejos aún tras treinta años de exilio. Recién llegado recibí dos libros con sendas dedicatorias, que es lo primero que me hizo tomar pie en tierra firme: eran de Luis Rosales y Leopoldo Panero. Otro a quien quiero y debo nombrar es Dionisio Ridruejo. Nos hemos visto una sola vez y me ha quedado para siempre la impresión inolvidable de un ser distinguido, de excepcionalidad.

—¿Por qué eligió volver a España en mil novecientos cuarenta y siete para iniciar lo que usted llama exilio interior, hasta que en mil novecientos setenta y



"El momento de la República tenía su similitud con respecto al nuestro actual: era la nación dispuesta a dar un paso adelante".

cuatro comienza a difundirse su obra?

—Difícil respuesta que he tenido que buscar apoyándome en varios incidentes por ausencia de un motivo central. Digamos que por atracción de lo mío y de los míos, la soledad de mis padres a la muerte de una hija y hermana mía de veinticuatro años, a la que yo llamé desde entonces Perséfone. Tal vez también una especie de sensación interior de que mi experiencia americana estaba cumplida, y qué sé yo qué más, la búsqueda de un refugio que me pertenecía aunque fuese peligroso. Cuando se lo dije a León Felipe me alentó a dar el paso. Debes irte —me decía— a uno de esos pequeños poblados de tu Mediterráneo, que son como tu casa, y escribirás hermosos poemas, los que te corresponden. Son motivos que los poetas comprenden.

—¿Cree, entonces, que esta elección le apartó, en alguna medida, de los escritores que persistieron en su actitud de vivir fuera de España hasta que cambiase el régimen instituido con el fin de la guerra civil?

—En absoluto. Mis amigos de fuera o dentro siguieron siendo mis amigos. Me escribía con Gaya, con Cernuda, con Concha de Albornoz, con Rosa Chacel, con Máximo José Khan y con Octavio Paz, ya en plena trayectoria diplomática en la que yo me esforzaba por imaginarlo sin con-

seguirlo, dadas sus características y tics específicos de intelectual abstracto nada mundano. Sin embargo, en una revista del exilio se dio una nota breve sobre mi marcha, por lo que me contaron bastante agria, en la que se hacía la declaración contundente y expuesta de que no volvería a escribir nada que valiera la pena. Me pregunto si no fue precisamente aquí donde he podido escribir algo que pueda ser, a mi medida, tomado en serio. Son las consecuencias de nuestros idearios de convertir la complejidad de la vida en meras simplezas. Todos caemos en ello, unas veces ante el enemigo, otras ante el amigo que por trazarse su camino aparte nos hirió.

—¿Cómo ha contemplado desde este exilio interior la evolución social y cultural de España?

—Llegó a España en agosto de mil novecientos cuarenta y siete, y al descender del avión oigo que Manolete acaba de morir. Espero en el aeropuerto dos horas a que me revisen en Gobernación mis papeles. Mi familia sabe que vuelvo, pero desconoce la fecha. Así pues, me encuentro solo. Varios días después en Valencia último los trámites de mi reglamentación y mi enclaustramiento se inicia, dichosa coyuntura que permitirá más de veinte años después poder publicar los once títulos que hoy día circulan con mi nombre. Me encontré con un país desconocido, un país qui-

mérico. Se hablaba a todas horas de dinero, del estraperlismo, de fútbol, y los colegiales besaban la mano a las señoras. También se hablaba de la comunión diaria, tema para mí inédito, a pesar de ser español de familia confesional y alumno de los escolapios. Estaba en un país de conversos. De todo esto hablo en un texto que publicará en su día Tusquets Editores. Luego fueron llegando con lentitud mis primeros contactos con jóvenes en la librería Studio. Claro que estos eran disidentes, pero sentía de todos modos entre ellos y yo un raro distanciamiento que tardó en disiparse, y es que yo debía aparecer como un pastor sin ovejas y ellos a mí como ovejas desconcertadas que han abandonado el redil. La evolución social y cultural a que se refiere su pregunta la sentía moverse ya, pero muy honda aún y como sin agarradero.

—Nace en mil novecientos seis, en Alcoy. Prácticamente ha vivido toda su vida, excepto los años del exilio, a caballo entre Valencia y Alicante. ¿Cómo ha determinado su obra la cultura valenciana?

—Si la cultura la tomamos en sentido de paisaje, lugar de la tierra, luz, vegetación, cultivo, la impronta ha sido profunda y está bien visible. En este sentido soy un poeta, un escritor tan de esta tierra como lo pueden haber sido mis maestros Gabriel Miró y Azorín. Este paisaje mío no ha podido ser desplazado nunca de mi interior en mis desplazamientos, porque es mi cultura cultivada hecha carne propia. Pero este paisaje íntimo es a la vez un paisaje que pertenece a la cultura universal, y de un modo que podríamos llamar muy céntrico, puesto que es nada menos que el Mediterráneo, el mar de mis cuatro culturas convergentes: la griega, la latina, la judía y la árabe. Las cuatro me integran y a eso le llamo el baluarte de mi legitimidad.

—¿Cree que la cultura valenciana es una cultura bilingüe? Si es bilingüe, ¿cómo tiene que expresarse el escritor? ¿Por qué escribe en castellano?

—Esta es una cuestión peliaguda y esquinadamente polémica. No quisiera meterme a zanjar la cuestión, no me corresponde, aunque tengo en ella parte, pero no culpa. Soy el resultado de unos hechos que han comenzado a interesarme tardíamente. Si leo a Ausias March en valenciano y a Guillem de Castro en castellano, quiere decir que aquí ocurrieron acontecimientos que provocaron o dieron de sí una cultura bilingüe. Esto es innegable.

Por lo tanto, el escritor de esta tierra se encuentra con dos lenguas, dos idiomas, y podrá expresarse en cualquiera de las dos. Dependerá en cuál se formó, y esto es un resultado de una multiplicidad de factores históricos y sociales. Existen clásicos en valenciano, pero el castellano, por causas que explican los estudiosos, logra tomarle la delantera, y el valenciano, como se decía entonces, y catalán ahora —que me suena afectado—, queda catalogado como lengua vernácula, pero doméstica. El caso más significativo de nuestro tiempo es Blasco Ibáñez.

—Relegado el valenciano a lenguaje de uso popular, casi exclusivamente, en el tiempo de mi formación nada oí en torno mío que me hiciera fijar la atención en esa abusiva y curiosa superioridad conseguida por una de las lenguas convivientes sobre la más modesta. Si las clases cultas hablan castellano, el escritor acabará escribiendo en castellano, o, como en mi caso, ni siquiera habrá conocido la oportunidad de elegir. La cuestión se daba por zanjada, pero ya sabemos que no y que tres notorios nombres actuales nos lo hacen patente, Andrés Estellés, Sanchis Guarner y Fuster.

—El nacimiento de la revista "Hora de España", en mil novecientos treinta y siete, está muy vinculado a su casa paterna de la calle de Colón. ¿Qué significado ha tenido para la cultura española?

—La reedición en Alemania en estos años de nuestra "Hora de España" con los mismos caracteres tipográficos —el elzeviriano que Altolaguirre gustaba de usar—, el papel, el color, especie de evocación emocionante, puede servir de respuesta a su pregunta. Nosotros quisimos en momentos tan aciagos para la vida y la cultura de nuestro país, y en medio de tantas actividades paralizadas, dar pie a una revista en la que escritores y poetas pudieran expresarse con asiduidad y en un tono de apreciación y de estilo más personal que el que imponían las otras publicaciones del momento. Las dos revistas próceres, "Revista de Occidente" y "Cruz y Raya", habían cesado su labor. Estaban los "Cuadernos de la Casa de la Cultura", con dos o tres números, me parece recordar, salidos al azar, y "Nueva Cultura", que, por el contrario, no cesó de publicarse a lo largo de la contienda, pero era más teórica, más politizada.

—El propósito de nuestra revista fue facilitar que nadie de los pertenecientes a los cuadros intelectuales, propiamente lite-

MALRAUX
Publicado en España



Los conquistadores. La vida real.

Dos de sus más representativas novelas, reflejo de sus experiencias en Asia y precursoras de "La condición humana", prácticamente desconocidas por los lectores españoles.



Los Hijos del Padre.

por ALBERTO MONCADA

Un relato biográfico sobre el "Opus Dei"
que dará mucho que hablar.



argos·vergara
"libros vivos"

Juan Gil-Albert

rarios, que se habían mantenido fieles a la legalidad republicana en un amplio abanico de tendencias, que iban del católico al marxista, quedaran fuera de sus páginas. La revista mensual salía con regularidad extrema, y dentro de una grabación y formato de elegante sencillez. Cuando un día llegó del exterior don Enrique Díez-Canedo y vino a vernos al despacho para felicitarnos por nuestra labor y decirnos que la revista era la mejor propaganda ante el extranjero de la causa que defendíamos, se comprende que sus palabras subieran de grados nuestro puntillo de satisfacción, porque éramos jóvenes.

—Demos un salto en el tiempo para recuperar su obra en mil novecientos setenta y cuatro. Este año cuatro editoriales catalanas, ocupadas en la edición de sus originales inéditos, hacen un cartel con frases como "Lo más importante en literatura en mil novecientos setenta y cuatro. Un poeta, un personaje, un nombre". La calificación de "meditación autobiográfica" que recibe su obra ¿cree que responde a un tipo de literatura inusual en España?

—A un amigo poeta se debe el haber calificado mi obra de meditación autobiográfica. Me sorprendería ser el único, pero verdad es que entre nosotros no parece un género que nos distinga. No hablo de mí por exclusivo narcisismo psíquico, lo hago por no tener otro punto de apoyo más seguro para adentrarme en los demás y, en general, en el mundo. Es decir, los datos están en mí, en proporciones muy variadas, pero están, y en ellos me apoyo. Ultimamente, alguien ha hecho una observación curiosa al decir que en mis escritos mis recuerdos se convierten, por obra de magia, en ficción, o sea, que ajenos ya a mí se personalizan con vida propia. Y es que lo que pasa —añado yo—, es que no hablo de mí, sino de la vida, de la cual soy un manantial.

—El hecho de que su vida esté reflejada en sus libros le habrá permitido entrar en contacto con el público lector con más facilidad. ¿Cuál de estos libros le ha producido más satisfacciones y cuál más decepciones?

—El anecdotario con mis lectores valdría la pena de ser recogido. Ciertamente es que, por las impresiones que recibo, al leerme se me identifica con lo que leen. Esto origina, pienso, el que se me

escriba, se venga a mí, o se continúe leyéndome. Esta oferta de título al por mayor, tan impuesta por los tiempos y tan ajena a mi gusto, parece haber provocado una sed. Y, sin embargo, lo dije desde el principio, mis libros serán siempre minoritarios, no obstante su elementalidad y quien sabe si por ello.

—Los títulos "Valentín" y "Heraclés", temas inéditos entre nosotros, han sido leídos —me consta— con fruición, pero no han encontrado en la crítica el eco que parecía corresponderles. Una mujer joven me escribió que la lectura del "Heraclés" —la última parte, subrayaba—, la había decidido a separarse de su marido, contra el que no tenía reproche alguno. Era por sus razones muy íntimas, que una especie de espiritualidad ensimismada le atraía. En cambio, un chico, en un momento de su lectura, disparó el ejemplar contra la pared, aunque terminaba felicitándome por lo que llamaba mi valentía. Eran dos casos —me parecieron— nada típicos.

—Para finalizar, ¿podría decir si ha hecho literatura militante en alguna etapa de su vida?

—Sí, durante la guerra civil. En la primera etapa de la lucha, propiamente la popular, se impuso en poesía el género romance que el autor solía recitar, bien él como trovador, bien un texto ajeno como juglar. Yo escribí varios que recité en ocasiones, algunas en el frente sobre un camión. Cumplían su finalidad, pero de los míos no salvaría más que uno como muestra.

—Un día avisaron que venían a recogerme para que recitara el que escribí a la muerte en el frente de un estudiante de las juventudes unificadas, y cuyo cadáver estuve velando en el paraninfo de la Universidad a largo rato, sentado junto a Dámaso Alonso. Vinieron a recogerme en coche, un Studebaker que le habían requisado a mi padre. Luego, en el Principal, donde se celebraba un pleno del Partido Comunista, repleto hasta los bordes, con afiliados de toda la comarca y grandes pancartas rojas por las paredes, me convocaron a escena, y con mi voz única sonando dentro de un intenso silencio de cristal, recité el romance, y al terminar se agitó en torno, como una oriflama, todo el local en pie, con puños, himnos, y, no obstante, el ambiente transmitía el latido de un recogimiento sobrecogedor. Me sentí al unísono de esa vibración multitudinaria con que la Humanidad aspira a ser justa y, además, feliz. ■ J. M. (Fotos: MANUEL CASTELL).